

Del fervor al escepticismo: La poesía de Pedro Shimose

Bolivia con llagas y cenizas.

Pedro Shimose

Desde *Triludio en el exilio* (1961), su libro inicial, hasta el reciente *Reflexiones Maquiavélicas* (1980), la obra poética de Pedro Shimose, ostensiblemente proteica y politonal, mantiene, pese a sus mutaciones, una dimensión social y aun política constante.¹ Lejos pues de nuestro poeta los registros puramente líricos, subjetivos, abstraídos de un contexto histórico-social determinado. En este sentido, Shimose se inscribe, al menos con gran parte de su obra, en esa corriente de poetas latinoamericanos —Antonio Cisneros, Roque Dalton, entre otros— que surgieron en la década de los sesenta; poetas que, asimilando las libertades formales y experimentales de la vanguardia, confirieron a la poesía una función tan íntima como inmediatamente ligada a la realidad nacional y continental.

Poesía inmersa en la historia², agónica en la medida en que la padece, protagónica en cuanto tiende a transformarla mediante el testimonio, la denuncia, el grito de rebeldía; poesía que, está casi de más decirlo, revive o prolonga una secular tradición romántica basada en dos creencias: el poder subvertor de la palabra y la imagen del poeta como profeta conductor de los pueblos. Escribe Shimose en «Carta a mis compatriotas»:

Acordaos de mis palabras, bolivianos, antes de abrir más
y ahondar nuestras heridas.
Sabed que nada valgo, que no soy General ni Obispo ni Juez ni Alcalde
pero mis versos correrán de boca en boca
cuando llegue la hora de confesar por qué ametrallamos al hambriento
por qué despreciamos al humilde y nos reímos de la mujer honrada

Inmediatamente posteriores a *Sardonía* (1967), el libro más experimental de Shimose, espejo crítico del desconcierto y la descomposición cultural de Occidente, *Poemas para un pueblo* (1968) y *Quiero escribir pero me sale espuma* (1972) plasman la etapa de fervor revolucionario en la obra del poeta.

Poemas para un pueblo nace al impulso de ese viento de transformación social que soplaron la Cuba de entonces y la muerte de Che Guevara. Como se sabe, ese viento se traduciría en Bolivia en el Gobierno Popular de Torres. El libro de Shimo-

¹ Al pie de la letra, libro que recoge poemas de Shimose escritos entre 1962 y 1967, es una muestra cabal del carácter multiforme y mutante de su poesía. Lo es también del rasgo que la unifica.

² En la medida en que la obra del poeta se gesta paralela a la historia, se justifica la lectura cronológica, diacrónica, que de la misma realizamos.

se es ya un anuncio —y, más: una cristalización— de ese espíritu. El modelo literario que secretamente lo rige: el *Canto General* de Neruda. *Poemas para un pueblo* es, en su reducida dimensión, un canto general a Bolivia: abarca (quiere abarcar) toda la realidad nacional. A la diversidad topográfica y cultural de ésta, el poeta responde con una duplicidad de registros: los cantos dedicados a la región oriental del país se vierten en estructuras amplias, anchurosas, del verso libre o del versículo bíblico; en cambio, los referidos a la andina se ajustan más bien a formas rígidas, prietas, de la versificación castellana. El peligro en el primer caso: la grandilocuencia y el prosaísmo; en el segundo, la convencionalidad de la rima forzada. Shimose, es cierto, no siempre logra vencer esos riesgos: *Hundo mi voz en la sangre y en las capas me arrebujo / me sufre el pobre en la mina y me goza el rico en su lujo* escribe en «Crónica del metal».

Con todos sus altibajos, *Poemas para un pueblo* traza un recorrido por la condición social del país, una travesía territorial a la par que textual: viajar por la patria es también viajar por su poesía y viceversa, así como el poeta es tanto emisor de signos como receptor de testimonios:

Quando voy por el Sur, Roberto Echazú me dice: «este país-no país
y nos amanecemos frente a un vaso de vino;
regreso a Chuquisaca y Ayllón Terán me avisa que vivimos a
4.000 metros de hambre;
me voy a Cochabamba y allí, Gonzalo Vásquez me dice: «este país tan
tan solo en su agonía; tan desnudo en su altura...»;
camino a Santa Cruz y me encuentro con Julio de Vega,
allá, junto a las guitarras, con diez buris metidos en la sangre.

La imagen que ambos viajes nos entregan: la de una Bolivia sumida en la miseria, sometida a la explotación, al despojo; destinada, como Cristo y Tupaj Catari, al escarnio, a la desfiguración, al descuartizamiento. El calvario cristiano, evocado con frecuencia en la poesía religiosa de Shimose, se proyecta ahora en el cuerpo de la patria:

Tus pulmones de plata, vaciados de plata tus pulmones
en el cerro de las lágrimas,
cautiva te llevaron por la piedra,
para azotarte al sol en estacadas encendidas,
te descuarizaron a los cuatro potros del viento.

Porque te escupen y te azotan,
porque te saquean el cráneo y te taladran la córnea,
porque te parten el corazón y te eximen la gracia
en la lucha del hermano contra el hermano.

Teoría de la patria

Te quieren hacer de nylon
te quieren fabricar un corazón de plástico
te filmarán la sonrisa
te medirán el cráneo
te vestirán de marines y bases militares

codificarán tu amor para sus computadoras
 te desnudarán en sínodos sangrientos
 te harán bailar cuando les dé la gana
 streap-tease for Hollywood, American Dream Corporation
 te contarán tu vida en el Reader's Digest.

American Way of Life / Bolivia

Quiero escribir pero me sale espuma, al cual pertenece el segundo fragmento citado, reitera la imagen sacrificial, martirológica, de nuestro país. Más intenso y preciso que *Poemas para un pueblo*, es también un libro verbalmente más complejo, quiero decir más rico: un lenguaje literario, invectivo, alterna o convive con otro llano, coloquial, enriquecido de giros populares. No pocos poemas constituyen verdaderos «collages» verbales; Shimose introduce expresiones en quechua, siglas, lemas y frases en inglés. La incursión de este idioma que fractura el castellano, cifra la intervención del imperialismo norteamericano y de sus instrumentos nacionales (cf. «Casi un editorial», «Querrela de gobernación»).

Mucho más podría decirse de este libro que a diez años de distancia no ha perdido vigencia. Baste, por ahora, añadir que señala un hito importante en la obra de Shimose; por una parte, inicia la experiencia del exilio; por otra, clausura la poética expansiva y explosiva que distingue a sus libros anteriores.

En efecto, con *Caducidad del fuego* (1975), título tan hermoso como revelador, el poeta abandona esa exuberancia verbal (oriental) y tiende a la concisión y a la reticencia. Los poemas de largo aliento son remplazados por textos breves, de respiración entrecortada, trabajosa. El cuerpo del lenguaje, henchido de metáforas por la pasión religiosa y/o política, se adelgaza hasta la sentencia epigramática, reflexiva. Asimismo, la relación lenguaje-realidad o poesía-realidad, nunca cuestionada en la etapa del fervor revolucionario, se torna problemática a la luz de una conciencia crítica y en crisis, desengañada de la historia y descreída del poder del lenguaje. El verbo poético, impotente para operar una transformación colectiva, tampoco redime al poeta: *Hables o calles / vas camino de tu propia destrucción*, escribe Shimose, descartando aún la senda purificadora del silencio. Descrédito de la poesía que conlleva una desmitificación de la figura del poeta que se descubre preso de la cotidianeidad insignificante, sujeto a las leyes despiadadas de la sobrevivencia: *Me gané la vida como pude*, expresa la «Trova del inútil»; y luego añade: *Lo siento: mi oficio fue ser nadie / junto a las palabras*. El vate deviene mero escritor.

El conocido verso de Hölderlin (*Para qué poetas en tiempos tan sombríos*) inserto como epígrafe en uno de los poemas, resume tanto el cuestionamiento de todo decir poético como el carácter agónico de la historia. Tiempos sombríos y tristes por profanos (*Ya nada es sagrado entre nosotros*) pues la alegría y la celebración verdaderas suponen necesariamente un mundo religioso, sagrado. Extinto éste, se ingresa en la carencia, en un mundo donde *el hombre vive triste sin sus dioses*. La analogía con la visión de Cerruto es aquí inevitable: en ambos poetas la misma y amarga convicción de un pasado mítico y primigenio definitivamente abolido por la histo-

ria. Texto como «Los dioses oriundos», «Soledad, única herencia», de Cerruto, encontrarán en varios de Shimose su exacta correspondencia:

Tu nombre amarillea,
 oscurece y
 cae
 gastado
 al fondo de la piedra.
 Todo es muerte en ti,
 figuración del tiempo
 muerte que no acaba
 de morir,
 muerte en lucha a muerte
 con tus dioses
 y tus ángeles de piedra

Ya no estás, piedra vencida, ciega,
 piedra de soledad,
 te estás muriendo,
 piedra demolida,
 de la noche a la noche,
 tu nombre es nada,
 piedra sometida,
 piedra de silencio,
 piedra.

Tiwanaku

Sepultado el espacio mítico y cancelada la esperanza de reencarnarlo en la historia a través de la Revolución, la poesía de Shimose expresa un doble exilio: de un orden mítico y de la madre patria. A partir de *Quiero escribir pero me sale espuma*; el exilio —ese síndrome latinoamericano— será una de las experiencias determinantes de su obra y, sin duda, una de las más amargas. El extrañamiento de las fuentes nutricias de la tierra natal ha de significar el desarraigo, la errancia permanente por una tierra baldía (*en ninguna parte se está bien*), la pérdida de la identidad (*No sé ni cómo soy ni cómo he sido*), una lenta desintegración del ser (*Voy / a terminar de ser / hueso roído en el exilio*), y, finalmente, la desoladora revelación de un destino equívoco: *En el exilio es donde tú... descubres que eres apenas un error*.

Si al inicio de tal experiencia Shimose alentaba la esperanza del retorno, en *Caducidad del fuego*, por el contrario, expresa la imposibilidad del mismo. La ausencia irá adquiriendo los trazos del adiós. El regreso no es posible debido no tanto a causas históricas o políticas como existenciales: no se vuelve porque el que se fue ya no existe como tampoco existe el lugar del retorno. La expulsión de la patria sería irreversible como la expulsión del Paraíso: ni éste ni Adán ya son reales sino como evocación y deseo, como memoria y recuerdo. O acaso sería más preciso decir que son justamente el recuerdo y la memoria —memoria herida, resentida— los que ahuyentaron el deseo de volver, pues la patria es el pasado, y el pasado un espacio hostil, marcado por el odio (*Vuelvo el rostro y veo / la dimensión del odio*) y por